

ros al despertar de no haber cambiado de besos en la nube azul del sueño. Dea representaba la inocencia y Ursus la sabiduría prudente. Ahora todo eso había desaparecido. ¿Dónde está? ¿Lo borra soplando el viento de la tumba? Todo se había eclipsado y perdido. Y Gwynplaine no estaba entre ellos para protegerles, para defenderles como lord, con su título, con su señoría y con su espada, y como volatinero con los puños y con las uñas. Al decir esto le asaltaba la más amarga de las reflexiones, la de que él no hubiera podido defenderlos, pues precisamente él los perdía. La infame omnipotencia social los barria para apartarlos de lord Clancharlie, para aislar la dignidad de éste de su contacto. La mejor manera de protegerles hubiera sido desaparecer, porque de este modo no hubiera dado margen á que los persiguieran. Ah! ¿por qué dejó que le separaran de Dea? ¿No era su primer deber no abandonarla? Debía servir al pueblo, pero también á Dea; así se lo exigía la humanidad, ya que era huérfana y estaba ciega. ¿Qué es lo que había hecho? Dejar el campo libre á la catástrofe. Debía haber participado de su suerte adversa ó favorable. ¿Qué iba á ser de él ahora? ¿Podía Gwynplaine vivir sin Dea?... ¿Para qué había de luchar por más tiempo, no esperando ya nada de los hombres ni del cielo? El que perdió el objeto de su vida, su alma, solo puede volverla á encontrar en un sitio, en la muerte.

Gwynplaine apoyó firmemente la mano en el parapeto, como el que acaba de tomar una resolución, y miró al río.

Era la tercera noche que no dormía y tenía fiebre. Sus ideas, que le parecían claras, eran confusas. Sentía imperiosa necesidad de dormir. Permaneció algunos instantes inclinado hácia el agua, que en la oscuridad le brindaba con su inmenso lecho tranquilo, con el infinito de las tinieblas, con siniestra tentación.

Se quitó la casaca, la plegó y la dejó sobre el parapeto; después se desabrochó el chaleco; al ir á quitárselo, su mano chocó con un objeto que encerraban sus bolsillos, con el red-book que le entregó el librarian de la Cámara de los Loes. Sacó dicho registro del bolsillo, le examinó á la claridad difusa de la noche y vió un lápiz sostenido en él; lo tomó y escribió, en la primera página en blanco que encontró, lo siguiente:

“Me voy. Que me reemplace mi hermano David y que sea dichoso.”

Después de escrito lo anterior firmó: “Fernando Clancharlie, par de Inglaterra.”

Se quitó el chaleco y lo dejó encima de la casaca, poniendo el sombrero sobre el chaleco, introduciendo en el sombrero el red-book, abierto por la página que acababa de escribir.

Tomó del suelo una piedra y la metió dentro del sombrero.

Hecho esto, miró al cielo un instante y después inclinó lentamente la cabeza, como si le estirase el hilo invisible del abismo.

Había un agujero en las piedras del parapeto; puso allí el pié, de modo que su rodilla pasaba más allá de lo alto del parapeto, y quedó en posición de saltar. Cruzó las manos en la espalda y se inclinó.—Concluyamos, dijo, fijando los ojos en el agua.

En este momento sintió que una lengua le lamia las manos; se estremeció y volvió la cabeza. Era Homo que estaba detrás de él.

## CONCLUSION

### El mar y la noche.

#### I.

Perro de guarda puede ser ángel guardian.

Gwynplaine lanzó un grito de alegría:

—Ah, eres tú!...

Homo meneó la cola; sus ojos, que contemplaban al saltimbanqui, brillaban en la oscuridad. Después volvió á lamerle las manos. Gwynplaine quedó un momento atónito, al ver renacer en él la esperanza con la aparición del lobo. Hacia cuarenta y ocho horas que había agotado las variedades de la sorpresa, pero aun le faltaba recibir ésta. Volvía á asir la certidumbre, ó por lo menos la claridad que conduce á ella; veía la intervención repentina de no sé qué clemencia misteriosa, que se encarna quizás en el destino y dice: Aquí estoy! cuando vamos á hundirnos en la tumba, en el momento en que nada se espera: veía algo semejante á un punto de apoyo que se encuentra en el instante más crítico del hundimiento. Homo estaba allí. Homo se volvió de espaldas á Gwynplaine y miró hácia atrás, como para ver si aquel le seguía. El saltimbanqui siguió los pa-

sos del lobo, que continuó andando y meneando la cola.

El camino que siguió Homo era la pendiente del muelle de Effroc-stone que conducía á la barga del Támesis. Gwynplaine, guiado por Homo, descendió por la pendiente.

De vez en cuando Homo volvía la cabeza para asegurarse de que iba Gwynplaine detrás de él.

En situaciones supremas es muy parecido á la inteligencia el instinto de los animales. El animal es un sonámbulo lúcido. Hay casos en que el perro conoce la necesidad de seguir á su dueño, y otros en que conoce la necesidad de precederle; entonces el animal dirige, porque vé vagamente la precisión de ser guía. ¿Conoce que hay que andar por un mal paso y que es preciso ayudar al hombre para que pase? Probablemente no, ó quizás sí; sea una cosa ú otra, hay quien lo sabe por él, porque con frecuencia nos encontramos con augustos socorros que creemos que vienen de bajo y vienen de arriba.

En cuanto el lobo llegó á la barga, avanzó hácia abajo por la estrecha lengua de tierra que se extendía á lo largo del Támesis. No lanzaba ningún grito, ni gruñía; caminaba mudo. Homo siempre obedecía á su instinto y cumplía su deber, pero con la reserva pensativa del proscrito.

Al andar unos cincuenta pasos se paró. A la derecha de donde se pararon había una empalizada; á la extremidad de ésta, que era un embarcadero sostenido sobre estacas, se veía una oscura masa, que era el cuerpo de un navío; á un extremo de éste, hácia la proa, se distinguía una claridad, que parecía producida por una lamparilla de noche próxima á extinguirse.

El lobo se aseguró de que Gwynplaine estaba á su lado; saltó á la empalizada, que era un largo corredor con piso de maderos alquitranados, debajo del que corría el agua del río. En pocos instantes Gwynplaine y el lobo atravesaron dicho puente.

El bastimento que estaba amarrado al fin de la empalizada era uno de esos antiguos buques de Holanda que tenían dos mástiles; el de proa se llamaba San Pablo y el de popa San Pedro, y guiaban al navío esos dos mástiles, como á la Iglesia aquellos dos apóstoles. Estos pesados barcos llevaban una viga por timon, porque debía ser proporcional el peso de éste al del buque. Tres hombres,

el patron y dos marineros, y un muchacho, el grumete, eran bastantes para hacer maniobrar esas pesadas máquinas marítimas. Los puentes de delante y de detrás del navío no tenían parapeto. El casco del barco, largo, voluminoso y negro, tenía escrito con letras blancas, visibles hasta de noche: *Vograat, Rotterdam.*

En esa época diversos acontecimientos en el mar, y entonces el reciente de la catástrofe de los ocho bajeles del baron de Pointi en el cabo Carnero, que forzaron á la flota francesa á refluir sobre Gibraltar, limpiaron y barrieron la Mancha á todos los navíos de guerra el paso entre Lóndres y Rotterdam, lo que permitía á los barcos mercantes ir y venir sin escolta.

La *Vograat*, cerca de la que llegó Gwynplaine, estaba arrimada á la empalizada por la parte de babor de su puente de detrás y casi á su nivel, formando un escalon para penetrar en el buque. Homo y Gwynplaine dieron un salto y se encontraron en él sobre el puente del navío; estaba desierto y no había en él movimiento alguno; si conducía pasajeros, lo que era probable, estaban á bordo, puesto que el bastimento se disponía á partir; pero sin duda estaban acostados y quizás dormidos, sabiendo que iban á hacer de noche la travesía, que, en semejantes casos, los pasajeros no aparecen sobre cubierta hasta que se despiertan al amanecer. La tripulación era verosímil que estuviese cenando, esperando el momento de la próxima partida, en la bodega del buque. Por eso el buque estaba desierto sobre cubierta.

El lobo casi corría mientras atravesó la empalizada; pero sobre el navío andaba con lentitud y con discreción. Meneaba la cola más alegremente, pero con la oscilación débil y triste del perro inquieto.

Al penetrar en el interior del buque Gwynplaine, detrás de Homo, vió la claridad que le llamó la atención desde la barga; había en el piso una linterna á los piés del mástil de delante, y su reverberación destacaba, sobre el fondo oscuro de la noche, una silueta de cuatro ruedas. Gwynplaine reconoció en ella la antigua choza ambulante de Ursus.

Esa desvencijada masa de madera, que fué carreta y cabaña á la vez, en la que rodó su infancia, estaba amarrada al pié del mástil con gruesas cuerdas, cuyos nudos sujetaban las ruedas. Como estaba tanto tiempo retirada del servicio, era ya completamente inútil, que nada

gasta tanto á los hombres y á las cosas como la ociosidad; solo servia ya para estar colgada; el no uso la paralizó, y además el padecimiento de la irremediable enfermedad de la vejez.

Al volver á encontrar la vida, la felicidad, el amor, corriendo atónitamente á entregarse á sus goces para cumplir una ley de la naturaleza, escepto cuando el destino nos trata como trató á Gwynplaine; el que, como éste, sale desorientado y atemorizado por una serie de catástrofes, parecidas á traiciones, adquiere cierta prudencia hasta para entregarse á la alegría; teme comunicar su fatalidad á las personas queridas, creyéndose contagioso, y avanza con precaución hácia la felicidad. Vé que se entreabre el paraíso ante él; pero antes de entrar le observa. Gwynplaine, vacilando bajo el peso de su emoción, observaba á su alrededor.

El lobo fué silenciosamente á acostarse al lado de la choza ambulante y cerca de su antigua cadena.

## II.

Barkilphedro apuntó al águila y alcanzó á la paloma.

La estribera de la choza estaba bajada y la puerta entreabierta, pero no había nadie dentro; la escasa luz que entraba por el vidrio de delante insinuaba vagamente el interior de la cabaña. Las inscripciones de Ursus, que glorificaban la grandeza de los lores, estaban aun legibles en las tablas decrepitas. Gwynplaine vió colgados de un clavo, cerca de la puerta, su esclavina y su capisayo.

La choza ocultaba algo extendido en el puente, al pié del mástil, y que alumbraba la linterna; era un colchon, del que solo veía una parte. Probablemente habría alguien acostado en él y que se movía en la oscuridad.

Oyó hablar Gwynplaine, y oculto en la interposicion de la choza, escuchó. Era la voz de Ursus. La voz de este hombre, que era tan áspera por el exterior y tan tierna en el interior, que tanto reprendió y tan bien se portó con Gwynplaine desde su niñez, había perdido la viveza del timbre; era vaga y ronca y se disipaba en suspiros al fin de cada frase; solo confusamente se parecía á la antigua voz sonora y fuerte del filósofo; tenía el sonido de la voz del hombre cuya felicidad ha muerto. La voz puede convertirse en sombra.

Ursus parecía que monologaba más que dialogaba, pues ya sabemos su costumbre de entregarse al soliloquio, y por esto tenía fama de maniático.

Gwynplaine reprimió el aliento para no perder una palabra de las que pronunciaba Ursus, y hé aquí lo que oyó:

—¡Es muy peligroso esta especie de barco! Como no tiene reborde, si rodais hácia el mar nada os detiene. Si sobreviniese el mal tiempo, sería preciso descender bajo el puente. Un movimiento torpe, el ruido, causarían una rotura de aneurisma; he visto de esto varios ejemplos... Dios mio! ¿qué vá á ser de nosotros? Ella duerme? Sí. Duerme, ya lo creo. Pero no ha perdido el conocimiento. Tiene el pulso bastante fuerte. El sueño es una dilacion. Es la verdadera ceguera. ¿Qué haré para que no pateen aquí encima? Señores, os suplico que no hagais ruido, ni os acerqueis, que aquí bajo hay alguien. Es preciso tratar con miramientos á esta persona, que está muy delicada; ya veis que tiene calentura y que es joven. La he sacado aquí este colchon para que tenga aire para respirar; os explico esto para que no la incomodeis. Cayó lasa sobre el colchon, como el que pierde el conocimiento; pero duerme y quisiera que no la despertárais. Me dirijo á las mujeres, pues sé que en el navío hay ladías, y deben compadecer á una doncella. Somos unos pobres volatineros, que os pedimos que seais bondadosos con nosotros, y si es menester pagar para que no hagais ruido, yo pagaré lo que se me exija. Os doy las gracias. Me oye alguno? No; creo que no viene nadie. Mejor. Señores, os doy las gracias si estais ahí, y os las doy tambien si no estais.—Tiene la frente sudada! Vamos, volvamos al presidio y volvamos á tomar la argolla. Hemos recaído en la miseria, caminamos cuesta abajo. La mano espantosa, que no se vé, pero que se siente, nos ha torcido violentamente hácia la parte negra del destino. ¡No hay remedio! Tengamos valor. Pero es preciso que ella no esté enferma. Soy tan estúpido que hablo solo, sin pensar que estoy á su lado y que puedo despertarla; ¡con tal de que no la despierten bruscamente!... ¡No hagais ruido, en nombre del cielo! Una sacudida que la hiciera levantarse sobresaltada le sería perjudicial, pero creo que todo el mundo está durmiendo en el barco. Doy gracias á la Providencia por esta concesion; y Homo, donde está? Con este trastorno me olvidé de atarlo... no sé lo que me

hago... hace más de media hora que no le he visto, y habrá ido á buscar la cena fuera de aquí. ¡Con tal de que no le suceda una desgracia!...

Homo golpeó suavemente con la cola el piso del puente.

—Ah! estás ahí?... A Dios gracias!... Si hubiera perdido á Homo, eso ya sería demasiado. Ella menea los brazos, quizá vá á despertarse. Cállate, Homo! La marea descende. Pronto partiremos. Creo que tendremos buena noche. La banderola pende á lo largo del mástil y haremos bien la travesía. Las nubes apenas se mueven, el mar estará tranquilo, la temperatura es apacible. ¡Qué pálida está!... de debilidad... Otros momentos tiene color... se lo dá la fiebre... No veo claro, Homo, no veo claro. Es preciso volver á empezar á ganarse la vida, es indispensable trabajar... para esto ya solo quedamos tú y yo. ¡Es nuestra hija!... Ah! el navío se menea. Vamos á partir. ¡Adios, Londres! ¡Buenas noches y que te se lleve el diablo, horrible Londres!...

El navío, en efecto, se conmovia al levar el áncora y se separaba de la empalizada por la parte de detrás. Se distinguía á la otra parte del buque, á la popa, un hombre que estaba de pié, sin duda el patron, que acababa de salir del interior del navío, que desataba la amarra y que maniobraba con el timon. Este hombre, que participaba de la doble flemma del holandés y del marinero, atento y fijo en la corriente del agua, no oía ni veía más que el agua y el viento; se inclinaba á la extremidad del timon, andaba con lentitud por el puente de detrás, yendo y viniendo de babor á estribor. Estaba solo en el puente. Mientras el buque estuviese dentro del rio no necesitaba á nadie: en pocos minutos el navío navegó, porque el Támesis estaba tranquilo y poco turbado por el reflujo. Como la marea arrastraba al barco, éste se alejaba rápidamente. Detrás de él la negra decoracion de Londres se borraba entre la bruma.

Ursus prosiguió su monólogo:

—Pues bien; haré que tome la digital. Tengo miedo que la sobrevenga el delirio. Tiene sudadas las palmas de las manos. En qué hemos ofendido á Dios? ¡Con qué rapidez nos ha asaltado la desgracia! Pobre niña!... Venimos á Londres atraídos por la gran ciudad, que posee hermosos monumentos. Southwark es un magnífico arrabal y nos establecemos en él; pero ahora vemos que

éste es un país abominable, ¡mullido intento de salir de él. Estamos en las in- Abril y siempre he desconfiado misterioso mes; en el mes de Abril no hálo tantas dos días felices, el 5 y el 27, y cuando El graciados, el 10, el 20, el 29 y el 30 es indudable, segun los cálculos dan. Quisiera que el día de hoy hubiera pasado ya. Consuela el salir de Londres, estaremos al amanecer en Gravesend y mañana por la tarde en Rotterdam. Volveremos á vivir en la choza ambulante y la arrastraremos; ¿no es verdad, Homo?

Ligero golpe, dado con la cola, le anunció el consentimiento del lobo.

Ursus continuó:

—Si se pudiera salir del dolor como se sale de una ciudad, aun seríamos dichosos, Homo; pero nunca olvidaremos al que ya no existe; ya sabes á quién me refiero. Eramos cuatro y no somos más que tres. La vida es una continuada pérdida de todo lo que se ama. Dejamos detrás de nosotros la huella de los dolores. El destino nos atolondra con la prolijidad de sufrimientos insoportables. Persiste el buen tiempo, amigo Homo, y ya no se distingue la cúpula de San Pablo. Estamos ya cerca de Greenwich. Hemos recorrido ya seis millas. Vuelvo para siempre la espalda á esas odiosas capitales llenas de sacerdotes, de magistrados y de populacho. Prefiero ver cómo se manean las hojas en los bosques.— Siempre tiene la frente sudada!... Están violáceas y gruesas las venas de su antebrazo, por la fiebre que la agita por dentro. Esto me desespera! Duerme, hija mia, duerme.

En este instante se oyó una voz inefable, que parecía lejana y venir de las alturas y de las profundidades al mismo tiempo, voz divinamente siniestra, la voz de Dea.

A pesar de las muchas emociones que habían agitado á Gwynplaine, ninguna le conmovió como la que experimentaba ahora. Su ángel hablaba; le pareció oír palabras pronunciadas fuera de la vida en la inmensidad del cielo.

La voz decía:

—Hizo bien de marcharse; este mundo no era el que él merecía, y es preciso que yo vaya donde está él. Padre, no estoy enferma; ahora mismo os lo oía decir; me encuentro bien y duermo. Padre, voy á ser dichosa.

—Hija mia, le preguntó Ursus con angustioso acento, ¿qué entiendes tú por ser feliz?

—No os incomodeis, le contestó. gasta tanto á la pausa, como para tomar como la ociosidad:

—laine no está ya aquí; ahora además el padre soy ciega. No conocia la ble enfermy la noche es la ausencia.

Al volver se paró otra vez y luego contid, el ar

—Siempre tuve miedo de que se volase, porque comprendia que era celestial, y de repente alzó el vuelo; debia ser así: un alma como la suya se vá como un pájaro; pero el nido del alma está en una profundidad en la que existe el gran imán que lo atrae todo, y yo ya sé dónde he de encontrar á Gwynplaine. No equivocaré el camino; más tarde, padre, os reunireis con nosotros, y Homo también.

Homo, al oír pronunciar su nombre, golpeó en el piso del puente.

—Padre, repuso la voz, bien comprendéis que desde el momento en que Gwynplaine no está con nosotros, todo ha terminado para mí. Aunque quisiera quedarme no podría, porque no es posible obligar á respirar á nadie. Cuando estaba aquí Gwynplaine, yo vivia; ahora que no está, me muero; preciso es, ó que él vuelva, ó que yo me vaya, y ya que él no puede volver, debo irme yo. Morir es muy bueno y no es difícil. Padre, lo que aquí se apaga se enciende en otra parte. Vivir es tener siempre el corazón oprimido, y siempre no hemos de ser desgraciados; cuando esto sucede, nos vamos á lo que llamais las estrellas, nos casamos allí, no nos separamos ya nunca, amándonos siempre en la presencia de Dios.

—No te pesará estar allí, la contestó Ursus.

Dea continuó:

—El año pasado, en la primavera del año pasado estábamos juntos y éramos dichosos; ¡qué diferencia de entonces á ahora!... No recuerdo en qué pequeña ciudad nos instalamos, que tenia muchos árboles, y oia cantar en ellos á los pájaros. Desde que vinimos á Londres, ¡cómo ha cambiado todo!... Padre mio, ¿os acordais que una noche ocupó el palco grande una mujer, que vos dijisteis que era duquesa, y que yo estuve muy triste? Mejor hubiera sido para nosotros no haber salido de las ciudades pequeñas; por eso Gwynplaine ha hecho muy bien; ahora me toca á mí. Ya que me contestais que siendo muy niña cuando murió mi madre, y estando yo en tierra, de noche y sepultada en la nieve, me

recogió él, que también era un niño, y estaba solo en el mundo, no debe asombraros que hoy tenga necesidad de partir y de ir á la tumba, si en ella está Gwynplaine. ¿Os haceis cargo de lo que os digo, padre mio? Qué es lo que se menea? Parece que estamos en una casa que anda, y sin embargo, no oigo el ruido de la ruedas.

Calló Dea y calló Ursus. Despues de un momento de pausa, la ciega exclamó:

—¡Es indispensable que me vaya ó que él vuelva!

Ursus, sombrío, murmuró para sí á media voz:

—No creo en los aparecidos. Luego, dirigiéndose á Dea, la dijo:

—Preguntas por qué la casa se menea? Porque estamos dentro de un barco; cálmate. Debes hablar poco. Si te agitas, hija mia, volverás á tener calentura. No podré soportar los cuidados que ocasiona una enfermedad, porque soy ya viejo. Por Dios, no quiero que enfermes!...

—No debo buscar en la tierra lo que solo podré encontrar en el cielo.

—Cálmate; hay momentos en que no tienes clara la inteligencia. Te prescribo el reposo. Estaré tranquilo si veo que estás tranquila. Hija mia, haz algo por mí; él te recogió, pero yo te adopté. Vas á enfermar y yo no quiero eso; es preciso que te calmes y que duermas. Eso no es nada. Además, el tiempo nos favorece; esta noche parece elegida exprofeso para nosotros. Mañana llegaremos á Rotterdam, que es una ciudad de Holanda, situada en la embocadura de la Meuse. Vamos, trata de conciliar el sueño.

—Pierde cuidado, que no dejaré de dormir.

—Te repito que vamos á una ciudad de Holanda que se llama Rotterdam.

—Padre mio, no estoy enferma, y si esto es lo que os inquieta, tranquilizaos, no tengo fiebre; calor y nada más. Estoy buena, pero... me siento morir.

—No eres capaz de semejante cosa, la contestó Ursus, y añadió para sí:

—¡Sobre todo, Dios mio, que no tenga ninguna sacudida!

Hubo una pausa. De pronto Ursus gritó:

—¿Qué haces? por qué te levantas? Te suplico que te acuestes.

Gwynplaine se estremeció y avanzó la cabeza.

## III.

El paraíso recuperado en el mundo.

Vió Gwynplaine que se puso recta sobre el colchon: llevaba largo vestido blanco, muy cerrado, que solo permitia ver el nacimiento de los hombros y el cuello; las mangas le tapaban los brazos y los pliegues los piés. En sus manos se hinchaba la ramificacion de sus venas azuladas á impulsos de la fiebre; se estremecia y oscilaba como una caña.

La linterna le alumbraba desde bajo. Su hermoso semblante era indecible. Sus cabellos desatados flotaban. Ni una lágrima corria por sus mejillas. Sus pupilas estaban oscuras y encendidas. Estaba pálida, con esa palidez que se asemeja á la transparencia de la vida en una cara terrestre. Su cuerpo, exquisito y frágil, se confundia con los pliegues de su vestido. Ondeaba enteramente con el temblor de una llama, y al mismo tiempo se conocia que empezaba á ser una sombra. Sus ojos, grandes y abiertos, resplandecian. Parecia salir del sepulcro.

Ursus, vuelto de espaldas á Gwynplaine, asustado, levantaba los brazos.

—Hija mia! sucedió lo que me temia. Se apodera de ella otra vez el delirio. Sin necesidad de sacudida, esto podria matarla, y tendrá que sufrirla para impedir que se vuelva loca. Muerta ó loca! qué situacion!... Qué hacer, Dios mio?—Hija mia, vuelve á acostarte.

Esto no obstante, Dea seguia hablando, pero su voz era casi ininteligible, como si un espesor celeste se interpusiera entre ella y la tierra.

—Padre mio, os equivocais; no deliro y oigo todo lo que decís. Decís que se ha reunido ya mucho público, que me espera y que es preciso que represente esta noche; quisiera complacerle, pero no sé cómo, porque estoy muerta desde que Gwynplaine ha muerto. Pero en fin, representaré. Ya estoy aquí; pero Gwynplaine no está.

—Vamos, hija mia, obedéceme, vuélvete á la cama.

—No está!... No está! ¡Qué oscuridad!...

Gwynplaine, cuidando de no hacer ruido, subió á la estribera del cochechoza, entró y se puso la esclavina y el capisayo, salió de allí y volvió á ocultarse en el sitio que ocupaba antes.

Dea continuó murmurando, movió los

labios, y poco á poco el murmullo se convirtió en melodía. Cantó, con las intermitencias del delirio, el misterioso llamamiento que habia dirigido tantas veces á Gwynplaine representando *El caos vencido*.

Despues se interrumpió diciendo:

—No es verdad, no estoy muerta. Me equivoqué, porque vivo; él es el que ha muerto. Estoy aquí bajo y él está allá arriba; partió y me quedé. Ya no le oiré andar ni hablar. Dios nos ha sacado del paraíso que nos habia concedido en el mundo. Ya no volveré á oír su voz.

Diciendo esto cantó otra estrofa del *Caos vencido*, tendiendo la mano como si quisiera apoyarse en el infinito.

Gwynplaine surgió al lado de Ursus, que quedó bruscamente petrificado, y se arrodilló delante de ella.

—¡Jamás, exclamaba la ciega, jamás le oiré!

Dea volvió á cantar, y entonces oyó una voz, la de su adorado, que la respondia entonando su estrofa del *Caos vencido*. Al mismo tiempo Dea sintió bajo su mano la cabeza de Gwynplaine, y lanzó un grito inexplicable:

—Gwynplaine!

Cayó desvanecida y el saltimbanqui la recibió en sus brazos.

—Vive! gritaba Ursus asombrado.

—Gwynplaine!... repetia Dea, y apoyaba la mejilla en la cabeza de su adorado. Despues le dijo en voz baja:

—Vuelves á descender! gracias!

Levantó la frente, se sentó sobre las rodillas á Gwynplaine, volvió hácia él su cariñoso semblante y fijó los ojos en él, como si le pudiera mirar.

—Eres tú! exclamaba.

Gwynplaine cubria de besos el vestido de Dea. Hay palabras que son, al mismo tiempo que palabras, gritos y sollozos; el éxtasis y el dolor se funden en ellas y estallan confundidos.

—Sí, soy yo, yo, Gwynplaine, el que tú amas, el que es tu esposo, yo, de quien tú eres la eternidad. Soy yo, que te tengo en brazos y soy tuyo. ¡Qué cerca está la alegría de la desesperacion!...

Un momento más y... ya te lo referiré. Dea, vivamos! Dea, perdóname! ¡Soy tuyo para siempre! Ahora ya nada puede separarnos. Salgo del infierno y me remonto al cielo. Dices que bajo; no, asciendo. Ya estamos juntos! ¡quién lo hubiera creído! Nos hemos vuelto á encontrar y nuestros infortunios han terminado. Continuaremos nuestra vida feliz y cerraremos tan bien la puerta,

que la mala suerte no podrá entrar en nuestra morada. Te lo contaré todo y te asombrarás. El buque ya partió y nadie podrá conseguir que no haya partido. Estamos en camino, en el camino de la libertad. Vamos á Holanda, nos casaremos, y yo ganaré lo suficiente para vivir. Nada debemos temer. Yo te adoro!

—No hay que andar tan de prisa! balbuceó Ursus.

Dea, temblorosa y estremecida, paseaba la mano por el contorno del rostro de Gwynplaine; despues tocó las piezas del traje de su adorado y dijo:

—La esclavina... el capisayo... en nada ha cambiado... lleva lo mismo que llevó siempre.

Ursus, asombrado, se reia y lloraba, contemplándoles y dirigiéndose á sí mismo este monólogo:

—No lo comprendo! Soy un absurdo idiota. Yo le ví entrar. Rio y lloro al mismo tiempo. Esto es todo lo que sé. Soy tan imbécil como si estuviese enamorado, pero lo estoy: estoy enamorado de los dos. Soy un estúpido y me emocio demasiado. Esto es lo que yo no queria. Gwynplaine, aprovecha la ocasion. Abrazaos, esto no me importa; yo asistiré al incidente. ¡Es gracioso lo que me sucede! Soy el parásito de su felicidad y tomo parte en ella. No soy nada de ellos y me parece que soy algo. ¡Hijos míos, yo os bendigo!

Mientras monologaba Ursus, decia Gwynplaine:

—Dea, eres muy hermosa: ¡y yo fui ciego, ahora lo comprendo!... ¡Te vuelvo á ver y aun me parece mentira!... ¿Qué os ha sucedido durante mi ausencia? En qué estado os encuentro!... ¿Dónde está la Green-Box?... ¡Os han robado, os han expulsado!... Eso es infame! pero yo os vengaré; se las habrán conmigo, porque soy par de Inglaterra.

Ursus, que contemplaba con extrañeza á Gwynplaine, retrocedió al oír sus últimas palabras, y exclamó para sí:

—Veo que no ha muerto; pero ¿estaré loco?...

—Tranquilízate, Dea, que yo me quejaré de la injusticia que se nos hizo en la Cámara de los Lores, añadió el saltimbanqui.

Ursus, que continuaba examinándole, seguía hablándole á sí mismo:

—No importa... ¿si está loco qué le hemos de hacer? Este es uno de los derechos del hombre... ahora ya soy dichoso.

El navío continuaba andando con suavidad, pero con rapidez; la noche era

cada vez más oscura; las brumas que salían del Océano invadian el zenit, de donde ningun viento las barria; las estrellas mayores apenas eran visibles, apagándose una tras otra, y al cabo de algun tiempo el cielo se ennegreció.

El rio se ensanchaba, y ya sus orillas aparecian como dos diminutas líneas brumosas, casi confundidas en la oscuridad nocturna. Gwynplaine, sentado en el colchon, tenia abrazada á Dea: los dos hablaban, se arrullaban y cuchicheaban, exclamando uno y otro:

—Vida mia!

—Cielo mio!

—Mi amor!

—Mi felicidad!

—Gwynplaine!

—Dea, estoy loco! ¡Déjame besarte los piés!

—Eres tú!... tú!...

—Tengo demasiadas cosas que decirte y no sé por dónde empezar.

—Dame un beso!

—Esposa mia!

—¡Me devuelves la felicidad perdida, Gwynplaine!

—¡Te vuelvo á encontrar y te estrecho contra mi corazon! Eres mia! No sueño!

—Gwynplaine!...

—Yo te adoro!

—Siento el regocijo de un abuelo, murmuraba Ursus entre las frases cariñosas de los amantes.

Homo vino hasta ellos y andaba desde el uno al otro discretamente, sin exigir que fijasen en él la atencion, y lamiendo, ya los gruesos zapatos de Ursus, ya el capisayo de Gwynplaine, ya el vestido de Dea, ya el colchon, porque este era su modo de alegrarse.

El buque estaba ya más allá de Chatham y de la embocadura de las Medway, y se aproximaba al mar. La serenidad tenebrosa de la extension era tal, que el descenso del Támesis se verificaba fácilmente, sin que fuese necesario maniobrar ni llamar sobre cubierta á ningun marinero. El patron solo, al lado del timon, dirigia la marcha del buque: en la parte de detrás estaba él solo, y en la de delante la linterna alumbraba al dichoso grupo de seres que acababan de juntarse, convirtiendo su infortunio en súbita é inesperada felicidad.

#### IV.

Aquí, no; arriba.

De repente Dea, desprendiéndose de los brazos de Gwynplaine, se puso



en pié, apoyando las manos contra su corazón, como para impedir que se le desordenase.

—Qué es esto? exclamó. Tengo algo y es la alegría que me ahoga. Esto no será nada y pasará... Tu aparición, Gwynplaine, ha sido para mí un rayo, un rayo de felicidad: cuando el regocijo penetra en el corazón nos embriaga. Tu ausencia me hacía espirar, pero tú me devuelves la vida, que huía de mí. Sentí dentro de mí una ruptura, la ruptura de las sombras que me mataban, y ahora siento fluir en mi interior una vida ardiente de fiebre y de delicias. Es tan extraordinaria y tan celestial la vida que haces renacer en mí, que me haces sufrir como si hubiera crecido el alma y no pudiera sostenerla el cuerpo: esta plenitud de vida seráfica fluye hasta la cabeza y penetra en ella. Siento en el pecho como un batimiento de alas; mi estado es singular, pero soy muy feliz. Me has resucitado, Gwynplaine.

Cuando Dea concluyó de hablar se enrojeció y palideció; volvió á enrojecerse y cayó inerte al suelo.

—Ay, exclamó Ursus, la has asesinado!

Gwynplaine extendió los brazos para coger á Dea, en la que chocaron el supremo éxtasis con la suprema agonía: él mismo se hubiera caído también si no tuviese que sostenerla.

—Dea! gritó estremeciéndose, ¿qué tienes?...

—Nada, contestó. Te amo!

Gwynplaine y Ursus acostaron á Dea sobre el colchón.

—No puedo respirar acostada, dijo con acento débil.

Al oír esto la incorporaron. Ursus la preguntó:

—Quieres una almohada?

—Para qué? Ya tengo aquí á Gwynplaine, contestó, apoyándose en los hombros de éste, que, sentado detrás de ella, la sostenía.

—Qué bien estoy así! exclamó.

Ursus la pulsaba, contando las pulsaciones: ni movía la cabeza ni decía una palabra, y solo podía adivinarse lo que opinaba de la enferma por los rápidos movimientos de los párpados, que se abrían y se cerraban convulsivamente, como para impedir que salieran las lágrimas.

—Qué tiene? le preguntó Gwynplaine.

Ursus apoyó el oído sobre el lado izquierdo de Dea. Gwynplaine repitió con ansiedad la pregunta, temblando que Ursus le respondiese lo que él temía.

Ursus miró á Gwynplaine y después á Dea. Estaba lívido.

Dea, doblada y cada vez más pálida, plegaba, con los dedos convulsivos, la tela del vestido: suspiró y dijo:

—Sé lo que es esto; esto es que me muero.

Gwynplaine se puso de pié, aterrado. Ursus sostuvo á Dea.

—No, no! exclamó aquel; ¡tú no puedes morir, y morir ahora, morir en seguida!... es imposible! Dios no lo querrá. Devolverte la vida para quitártela al momento, eso no puede ser. No sabes lo que estás diciendo, Dea; tu juicio se trastorna; vivirás. Te exijo que vivas, y tú debes obedecerme, porque eres mi esposa. Yo te prohibo que me dejes y me abandones. No, no; esto no puede ser. Muerta tú, yo ya no podría vivir. Este momento de angustia que te oprime te pasará. Necesito que adquieras la salud y que no padezcas más. La idea sola de que puedes morir trastorna mi juicio. Nos amamos, somos uno de otro y no tienes motivo para separarte de mí; eso sería muy injusto. Si he cometido algún crimen, tú me has perdonado ya. ¡No pretendas que me vuelva furioso y malvado! ¡Dea, te lo suplico, te lo suplico de rodillas; no te mueras!

Crispando los puños entre la cabelleira, agonizando de espanto y ahogado en lágrimas, se arrojó á sus piés.

—Gwynplaine mío, no tengo yo la culpa, le contestó Dea.

Los labios de la enferma se cubrieron de espuma rosada, que Ursus enjugó con una punta del vestido, sin que la viera Gwynplaine, que estaba prosternado, abrazando los piés de Dea y llorando.

—Ah, no quiero que mueras; si muriéramos los dos juntos me parecería bien!... ¿Qué será de mí después de tu muerte? Tú eres lo único que me liga al mundo.

Dea le respondió, con voz cada vez menos clara y parándose casi á cada palabra:

—Es inútil cuanto digas, mi Gwynplaine. Hace una hora quería morir y ahora ya no quisiera. Dios, que te puso en mi vida, me retira de la tuya y me separa de tí. ¿Te acordarás de la Green-Box y de la pobre ciega Dea? Recuerda mi canción. No olvides el sonido de mi voz y el modo de decirte: Te amo! Vendré por las noches á decírtelo al oído, cuando duermas. Nos hemos vuelto á encontrar, y como esto era ser demasiado felices, no podía durar este estado. Aho-